LOS HOMBRES y las LETRAS

RUBEN DARIO Y EL TEMA DEL HIJO

¿Hizo Rubén el modernismo o el modernismo le hizo a él? Lanzado por una pendiento quizás a ramalazos intuitivos, quizás a racionales creaciones, el fundador de un movimiento en el que vuelca su personalidad, acaba por mantener el tipo a toda costa, bajo el peso de una postura ejemplar y responsable ¿No fue, por ejemplo, André Bretón, un surrealista a ultranza? Darío dijo no querer escribir un manifiesto modernista porque, proclamando como proclamaba una estética acrática, la imposición de códigos fuera contradictoria. Pero la verdad es que el manifiesto quedó escrito en las "Palabras liminares" de sus "prosas profanas", y la verdad es que se echó encima la contradicción. Romántico, melancólico, angustiado, cuántos poemas suyos no fueron una loca fiesta a rastras del toque de las campanas repicando al goce sensual y una empolvada escenografía a tirones de su declarado repudio de la vida y del tiempo en que nace.

Y es que, a despecho del entusiasmo sensual, Darío es un poeta profundamente pesimista. Acaso buscó precisamente para sus ojos pesimistas la venda polícroma y fastuosa de la poesía. Y por eso, siendo un fervoroso cantor del amor, no descubrió su trascendencia

El tema del amor, transido de angustias y de delicuescencias en el romanticismo, incendiado de lúbricas fiestas en los modernistas, no supo alcanzar su trascendencia de la especie hasta nuestros días, con la poesía amorosa de Miguel Hernández y los poetas posteriores. El joven crítico Emilio Miró tiene un amplio estudio al tema, señalando la herencia unamuniana y alguna fugaz aparición, como Enrique de Mesa. Sólo una vez cantó plenamente Rubén Darío al hijo, si descontamos dos breves composiciones de no muy relevante importancia, incluidas en "Lira póstuma" y dedicadas al que tuvo con su primera mujer, Rafaela Contreras; niño que nunca vivió a su lado y al que volvió a encontrar, ya adolescente, en Europa.

Antonio Olivar, salvador de un mundo de documentos darianos, temblorosos de humanidad, nos descubre en su libro "Este otro Rubén Darío" al padre cariñoso que supo ser. Cuatro hijos le dio Francisca Sánchez, la campesina de Gredos que, como el genial poeta pidió en sus versos, le acompañó durante tantos años. Tres duraron poco. Al que sobrevivió, el poeta le llamaba cariñosamente Güichin. Pero al primer hijo varón le llamó Phocas el Campesino, o Phocas el Jardinero, recordando un título del escritor simbolista francés Remy de Gourmond. Y para él escribe las conmovidas, las angustiadas palabras de un soneto, donde el pesimismo melancólico de Darío vuelve, como en "Lo fatal", a teñir de amargura y desencanto su visión de la vida. La vida, que ya tendrá tiempo de envenenar al recién nacido. Toda la angustia del hombre ante la paternidad, cargada de responsabilidad y de temor, late en ese verso del soneto alejandrino: "Perdóname el fatal don de darte la vida." Aquí sí que el hombre Rubén Darío está desnudo y verdadero. Aquí sí que hay una poesía sincera; ésa es la suya. En este verso sí que llora y vive y muere Félix García Sarmiento, nacido de madre en la aldea de Chocoyos, en el departamento nicaragüense de Nueva Segovia, mejor que aquel Rubén Darío nacido de invención.

LEOPOLDO DE LUIS

Unamuno y los catalanes

VIDA Y MUERTE DE BLASCO IBAÑEZ